

EL PADRE FRANCISCO SUAREZ Y SU OBRA TEOLOGICA

Por FELIPE ALONSO BARCENA, S. J

INSPIRADO acuerdo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas ha sido el poner la nueva etapa de nuestros estudios teológicos bajo el Patronato del Padre Francisco Suárez. Para despertar en las nuevas generaciones ideas y sentimientos y empeños de imperio, tiene indudable eficacia el presentar ante su vista las grandes figuras imperiales. Y Suárez lo fué en el aspecto más alto y soberano de cuantos ofreció nuestra grandeza. Las cumbres más altas, al mismo tiempo que los fundamentos más inconvencibles del Imperio español, están en los monumentos que levantaron nuestros literatos, nuestros artistas, nuestros maestros del derecho, nuestros teólogos, nuestros místicos, nuestros Santos. Sus obras son la roca viva en que descansa la grandeza espiritual que siempre dura, y esas obras son también los luminares que desde la altura lanzan sin cesar los resplandores que iluminan los siglos y nos muestran el camino que hemos de seguir para realizar los designios de Dios sobre nosotros. Y ¿qué cumbre más alta que la coronada por la obra del Padre Suárez?

I

SANGRE DE HEROES

La Providencia, que le destinaba para la alta empresa, le dotó de las prendas que ella requería y le colocó constantemente

te, a lo largo de su vida, en las circunstancias que más podían favorecer su realización.

Por sus venas corría sangre de héroes de la Reconquista. Era nuestro teólogo un Suárez de Toledo, entre cuyos ascendientes se contaba el capitán Hernán López, que murió en la batalla de Toro; y García Alvarez de Toledo, que pereció a manos de los moros en el sitio de Baza; y Rodrigo de Toledo, que se señaló en la conquista de Loja; y Juan Suárez de Toledo, que sirvió a los Reyes Católicos en la campaña de Granada y en las guerras de Africa con una lealtad que don Fernando y doña Isabel recompensaron con regia munificencia. Abuelo del Padre Suárez fué don Alonso de Toledo, cuyos servicios reconocieron y premiaron los monarcas con un decreto que mandaba se le entregasen «las casas, tierras e olivares que el moro Mahomad Abenaudi tenía en la alquería de la Zubia, término e jurisdicción de esta ciudad» de Granada.

Sucesor en los bienes, en los cargos y en la lealtad de don Alonso de Toledo, fué su hijo don Gaspar Suárez de Toledo, que nació en 1500 y casó muy joven con doña Antonia Vázquez de Utiel. De este matrimonio nacieron ocho hijos, cuatro varones y cuatro hembras, educados todos en tan recia fe y sólida piedad, que seis de ellos consagraron su vida al servicio del Rey eterno en diversas órdenes religiosas. El más insigne de todos fué Francisco, a quien Dios trajo al mundo cuando España alcanzaba el punto más alto de su historia. Uno de sus biógrafos, el Padre Bernardo Sartolo, en un arranque lírico, que no carece de grandiosidad realista, encuadra así la aparición de su héroe en la historia:

«Comenzaba el año de mil quinientos y cuarenta y ocho, obediciendo la Iglesia a Julio tercero, la Compañía de Jesús a su Fundador y Patriarca San Ignacio y la monarquía española al Emperador Carlos Quinto, que hizo dóciles los leones y las águilas a las leyes de una misma coyunda: cuando determinó el cielo dar al mundo un nuevo sol y ennoblecerle con el nacimiento de nuestro Francisco. Amaneció el día quinto de enero, víspera de la Epifanía del Señor y día verdaderamente feliz para la Iglesia, para España y para la Compañía: porque en él había de nacer a la militante

Iglesia un valeroso cauçillo que la defendiese con su pluma; a la nación española, un héroe que la engrandeciese con su fama, y, en fin, a la Compañía de Jesús, un doctor eximio que la iluminase con su incomparable sabiduría» (1).

II

LA VOCACION Y EL TALENTO

Tal fué, en realidad, la misión de Suárez, pero ¡cuántos esfuerzos le costó desempeñarla!

Los estudios humanísticos los hizo en su ciudad natal, al pie de los palacios de la Alhambra y a vista de los incomparables paisajes de la Sierra y de la Vega granadina. Para cursar las facultades superiores, aunque ya existía la Universidad de Granada, le llevó su padre al primer centro de nuestra cultura imperial, donde el mismo don Gaspar Suárez de Toledo había estudiado derecho civil y canónico.

En los libros de la Universidad salmantina aparece matriculado por primera vez Francisco Suárez, con fecha 22 de noviembre de 1561. Contaba, pues, poco más de trece años cuando se trasladó de Granada a Salamanca.

A los quince solicitó su admisión en la Compañía de Jesús, que no logró sino después de pruebas muy amargas, que contribuyeron a templar su espíritu para las futuras empresas.

El Padre Bartolomé Fernández, Rector del colegio recién fundado en aquella ciudad, examinó por sí e hizo examinar por otros cuatro padres al candidato, y todos, con fallo unánime, juzgaron que no podía ser admitido. Y la razón de la negativa fué que, si bien «sus disposiciones morales eran excelentes, no parecía tener bastante talento, y era de temer también que no tuviera bastante salud». ¡Caso peregrino! De los cincuenta jóvenes que en Salamanca pretendieron aquel año la Compañía

(1) Bernardo Sartolo: *El Doctor Eximio y venerable Padre Francisco Suárez, de la Compañía de Jesús, en la imagen fiel de sus heroicas virtudes*, lib. I, cap. 8. Coimbra, 1721.

sólo fué rechazado Francisco Suárez, y fué rechazado por creer que carecía de aquella cualidad que con esplendor tan soberano había de lucir en la misma Compañía y en toda la Iglesia de Jesucristo.

No se acobaró aquel muchacho de corto talento y apariencia enfermiza. La tenacidad con que procuró responder a su vocación religiosa, era el prenuncio de la constancia con que siguió siempre su vocación científica. Desechado por el Rector de Salamanca, emprendió un molesto viaje para pedir la misma gracia al Provincial que estaba en Valladolid y allí, por la conducta un tanto paradójica del Padre Provincial, vió satisfecho su deseo. Contra el parecer de los padres que le habían examinado en Salamanca y de los señalados por él mismo para que le examinasen en Valladolid, el Padre Provincial, Juan Suárez (que no tenía parentesco alguno con el pretendiente) admitió al joven granadino, impelido por un influjo superior, que hablando con sus consultores, expresó en estos términos:

«Muy prudentes son los pareceres de vuestras reverencias y, si hubiera yo de atenerme a mi propio juicio, los habría de seguir. Pero no puedo hacerlo así, porque siento una fuerza interior que me inclina a otra parte. Ese joven que vemos tan poco comunicativo y que tan poco es lo que promete, preveo que en la vocación, que ha elegido, llegará a ser, por su ciencia, una lumbrera de la Iglesia y una gloria de nuestra Orden.»

Menester fué la acción de esa fuerza superior para que entrase en el camino trazado por la Providencia a la actividad del candidato. Los criterios humanos señalaban otros rumbos. Comenzados los estudios de Filosofía en el colegio de Salamanca, fueron tantas las nieblas que envolvían sus horizontes, tan difíciles de superar los obstáculos que encontraba y tan lentos sus progresos en la adquisición de la verdad, que todos sus compañeros y Profesores auguraban los resultados más ruines. El mismo Suárez estaba tan descorazonado en aquella tarea, que pidió insistentemente a los superiores permiso para abandonar los estudios y servir a Dios en oficios manuales que juzgaba más asequibles a sus fuerzas.

Pero allí apareció de nuevo la fuerza superior de la Providencia dispuesta a actuar en forma que muchos juzgaron prodigiosa. He aquí cómo nos cuentan el hecho los historiadores:

La dificultad que el joven jesuita encontraba en sus estudios había inspirado a los superiores la idea de elegir entre sus compañeros uno de los más aventajados que le repitiese las explicaciones de los Profesores. Era este trabajo duro para el repetidor, y duro y estéril juntamente para nuestro Suárez; pero ambos lo soportaban de buen grado sostenidos por el espíritu de la obediencia. Un día en que se había explicado uno de los puntos más intrincados de la Filosofía, oyó Suárez la repetición y explicación de su condiscípulo con singular consuelo. Y, al terminar de oírla, dijo lleno de ingenua naturalidad: «si le parece, voy ahora yo a exponer la cuestión, porque creo que la he entendido.»

Admirado el repetidor de proposición tan nueva, asintió gustoso, aunque no sin temor de oír alguna ocurrencia peregrina. Pero tomó la palabra Suárez y expuso el tema con precisión y amplitud, haciendo resaltar el conjunto del problema y la relación que las diversas partes guardaban entre sí. No contento con esto, añadió nuevas consideraciones a las dadas por el Profesor y suscitó primero, y resolvió después, objeciones que en la clase habían pasado inadvertidas. Era evidente, no sólo la inteligencia de la cuestión tratada, sino también la luz potente de aquel espíritu que, hasta ahora, parecía incapaz de apreciar las verdades más elementales de la Filosofía. En días sucesivos, el Profesor, informado de este singular acontecimiento, probó de diversas formas la realidad de aquel despertar de la inteligencia y siempre quedó altamente satisfecho de la rapidez y firmeza con que respondía.

Abundan los testimonios de personas contemporáneas a nuestro teólogo, que no permiten dudar sobre la transformación de su talento. Vayan como prueba estas palabras de una «noticia necrológica» escrita cuando estaban calientes aún los restos mortales de Suárez:

«Al empezar la Filosofía, mostró tan poco talento, que no podía hablar para exponer o impugnar una tesis sin excitar risa o compasión. De tal manera llegó a perder toda esperanza de salir con bien, que, no obstante su extraordinaria docilidad, no sólo a los órdenes, sino aun a los deseos de los superiores, solicitó ahincadamente y con lágrimas licencia de renunciar a los estudios. Pero no habiéndola obtenido, emprendió nuevamente la tarea. Presto se despertó aquel potente ingenio, hasta entonces adormecido o abrumado bajo el peso de tantas cuestiones, y comenzó a tomar arranque, mudanza que pareció tanto más asombrosa, cuanto, en vez de desenvolverse poco a poco, según la ley ordinaria, se efectuó de repente y con subitánea manifestación. Vióse aquella tierra, antes tan estéril, hacerse en un instante maravillosa, fértil y cubrirse de frondosa vegetación» (1).

III

LA PREPARACION PARA LA EMPRESA

Don fué el de la inteligencia que Suárez, antes que nadie, reconoció como venido exclusivamente de la fuente de todo bien. Pero no se contentó con este reconocimiento. Las singulares circunstancias que en él concurrieron le obligaron a mirarle como singular predilección del Rey celestial que le confiaba uno de sus más preciosos «talentos», según expresión evangélica. Por lo mismo creyó que no podía dejarlo estéril escondiéndolo debajo de la tierra (2).

Desde esta primera juventud se hizo ley de su vida el trabajo constante que aprovecha el tiempo, con el mismo afán con que guarda el avaro su tesoro. Sentencia suya era esta:

«Todos los instantes de nuestra vida son otras tantas perlas de gran precio, que incessantemente es menester defender contra una banda de ladrones ansiosos de arrebatarlas, cual son las conversaciones frívolas, las ocupaciones inútiles, las estériles fantasías» (3).

(1) Véase Raul de Scorraille: *El P. Francisco Suárez, de la Compañía de Jesús*, t. I, pág. 58.

(2) *Evangelio de S. Mateo*, c. XXV, vv. 18 y 25-30.

(3) Antonio Ignacio Descamps: *Vida del venerable Padre Francisco Suárez, de la Compañía de Jesús, Doctor Eximio, pío y eminente...*, parte tercera, cap. 13.

Y fué trabajo fructuoso. Cuando Dios abrió su inteligencia puede decirse que empezó para Suárez, en el orden de la ciencia, una carrera triunfal que no terminó sino con su vida. En la ciudad de Salamanca que, como centro científico, no reconocía entonces superior ni en España ni en el mundo, concluyó sus estudios de Filosofía y dió principio a los de Teología, que terminó con extraordinarias pruebas de aprovechamiento antes de cumplir los veintitrés años.

Cuando cursaba el último de la ciencia sagrada, tuvo lugar un acontecimiento que influyó notablemente en el prestigio de los jesuitas en Salamanca y proporcionó a nuestro teólogo la ocasión de manifestar por vez primera, ante el público universitario, la profundidad de su ingenio y la amplitud de su ciencia.

El año de 1570, a petición del Rector, Padre Martín Gutiérrez, y después de amplia discusión en el claustro de Profesores, fué el Colegio de la Compañía de Jesús incorporado a la Universidad con todos los privilegios y obligaciones que esa incorporación implicaba. Entre los derechos se contaba el poder sostener «actos mayores» de Teología ante la Universidad, y los jesuitas no renunciaron a ejercitarlo. La ocasión se presentó muy pronto y los superiores pusieron los ojos en nuestro Suárez. Presentó el joven teólogo su programa, según costumbre, e incluyó en él una tesis acerca de la sobreeminencia de la Virgen Santísima que el dominico Padre Mancío, Patrono del Mantenedor y Presidente del acto, consideró un tanto arriesgada. La sostuvo Suárez, no obstante, con humildad y entereza, y la defendió después ante el numeroso y escogido público, con tanta penetración y presencia de ánimo, y, al mismo tiempo, con tan buena gracia y tal modestia, que se llevó la admiración y las simpatías de la Asamblea (1).

Merced a Suárez, los estudiantes del Colegio pudieron felicitar-se de que el primer acto defendido por la Compañía de Jesús en aquella Universidad, había sido un dechado que todos los demás

(1) De Scorraille, ob. cit., t. I, pág. 111.

habían de esforzarse en imitar, y también de que el primer feliz éxito que en tal teatro había mostrado la ciencia de la nueva orden, hubiera dado a conocer un nuevo título de la Madre de Dios a la admiración y al amor de los hombres (1).

IV

SUAREZ EN LA CATEDRA

Cuenta el ya insigne jesuíta poco más de veintidós años. Aún no es sacerdote y ya está en condiciones de comenzar la labor científica que va a llenar su fecunda vida. Hizo sus primeros ensayos como repetidor en el mismo colegio de Salamanca apenas terminados sus estudios, y emprendió en serio la tarea con un curso completo de Filosofía, dado durante tres años a jóvenes jesuítas, en el colegio de Segovia. Sirvióle este primer magisterio para dominar más el campo de la Metafísica y entrar con paso más firme, poco después de ordenado de sacerdote, en la enseñanza de la Teología. Esta entrada la describe el mismo Suárez con estas sencillas palabras:

«Comencé la primera parte de la *Summa* en Valladolid, a fines de 1576, y la continué hasta acabarlo el año de 1579.»

El 1580 le encontramos de Profesor en el Colegio Romano. Allá fué llamado por el Padre General de la Compañía de Jesús, porque, según informes recibidos de España, se le consideraba como el más apto para explicar Teología en aquel centro internacional, levantado por San Ignacio y favorecido por San Francisco de Borja. Al llegar a él Suárez, le tenía bajo su especial protección el Sumo Pontífice Gregorio XIII, que un día se dignó honrar con su presencia la clase del Profesor granadino.

Pero «l'aria» de la ciudad del Tíber, nociva a su endeble organismo, le obligó a tornar a la patria. Esta vez le tocó recoger los frutos de su magisterio al Colegio de Alcalá, instalado a

(1) Descamps, ob. cit., parte primera, cap. 16.

la sombra del gran ateneo científico debido al genio emprendedor del Cardenal Cisneros. Ocho años enseñó allí la Teología a los jóvenes jesuitas y al notable número de alumnos, pertenecientes a diversos colegios, que acudían al insigne Profesor, venido con prestigio de Maestro veterano a los treinta y siete años.

En 1593 se trasladó a Salamanca con el deseo y la esperanza de verse libre de la Cátedra para consagrarse por entero a la composición y publicación de sus libros comenzada en 1590. No pudo ver satisfechos sus anhelos. Parecía entrar en los planes de la Providencia el que Suárez enseñase en todos los centros universitarios más insignes que ilustraban el Imperio español. Como en Alcalá, tuvo que tomar en Salamanca la principal Cátedra en el Colegio de los Jesuitas, muy concurrido también por los estudiantes de distintos colegios universitarios.

Apenas terminadas en Salamanca las explicaciones del curso empezado en 1593, se vió asediado por la Universidad de Coimbra, que quería confiarle la Cátedra de «prima». Suárez resistió con todas sus fuerzas a aquel proyecto que contrariaba tan de lleno los planes que tenía sobre sus libros. Pero era inevitable que sucumbiera. Felipe II, Rey ya de toda la Península, puso en ello toda su autoridad con aquella tenacidad suave y prudente que le acompañaba en todo su gobierno. Se conserva toda una serie de cartas dirigidas por el monarca a los superiores del Padre Suárez con el fin de lograr la ida de éste a Portugal. La última de esas cartas, que cortó, definitivamente, todas las resistencias, dice así:

«Al Padre García de Alarcón, Visitador de la Compañía de Jesús.—Yo, el Rey, os envió mucho a saludar. Mandando tratar con el rector del colegio de vuestra Orden desta villa en la necesidad que había de un maestro para la cátedra de Prima de Teología de la Universidad de Coimbra, y que recibiría contentamiento de que fuese Francisco Suárez a leerla, sin embargo de haberse excusado por la falta de salud y fuerzas, cuando yo os escribí otra vez sobre ello, y que vos se lo comunicádes: entendí lo que tengo por cierto de vos y de la religión de la Compañía, que en todo lo que fuere de mi servicio holgareis de os ocupar, aunque el dicho Francisco Suárez se

excusa todavía con mucha instancia por sus indisposiciones, que por esto no podía ir a leer la dicha cátedra: y porque la necesidad que para ella hay de una persona de letras y virtud es grande, y del dicho Francisco Suárez tengo mucha satisfacción, encomiéndooos que le ordenéis precisamente que vaya a leerla, porque se mudará la hora de Prima para otra que sea más acomodada a su indisposición y lea a el tiempo que pudiere; y si le faltare la salud, entonces podrá dejar la cátedra: y de como así lo hicieredes, me habré por muy servido. Escrita en Madrid, a 10 de febrero de 1597 años. Yo, El Rey.»

La Cátedra de Prima en la Universidad portuguesa fué la que ocupó por más tiempo el príncipe de los teólogos españoles y la que recogió más copiosos y sazonados los frutos de su ingenio y de su ciencia. Allí vivió y trabajó durante dieciocho años, de 1597 hasta 1615, interrumpidos solamente por los viajes que le obligaron a emprender los asuntos de sus libros y los problemas que suscitó la profunda labor de su magisterio.

En ese magisterio empleó las energías de su prodigioso talento durante cuarenta y cinco años, que coinciden con el máximo esplendor de la Teología en España. Suárez, en quien la humildad del religioso aventajó siempre a las aspiraciones del teólogo, no buscó jamás la gloria de las Cátedras, que era en aquellos días, la de más altos prestigios entre los hombres de saber; pero Dios, que no falla nunca en su promesa de exaltar a los que se humillan, le puso como radiante lumínar en los más importantes colegios que tenía su orden y en las más florecientes universidades que ilustraban la Monarquía española. Valladolid, Roma, Alcalá, Salamanca y Coimbra vieron agrupadas, en torno a su Cátedra, legiones de jóvenes religiosos y seglares que oyeron sus explicaciones, tan modestas como profundas, y llevaron después por todos los pueblos del Viejo y Nuevo Mundo el testimonio vivo de su elevada sabiduría y de su más elevada santidad.

V

EL ESCRITOR

Es conocido el volumen de los escritos del Padre Suárez que le muestran como uno de los ingenios más fecundos de la historia. Muchas veces se ha llamado la atención sobre su erudición vastísima, que nos le presenta como lector infatigable, dotado de singular rapidez y perspicacia para penetrar, y de admirable precisión y claridad para resumir las ideas de los grandes pensadores que le precedieron. Nadie que con ánimo leal y sincero acuda a él en busca de la verdad, dejará de admirar la amplísima comprensión con que enfoca y desarrolla las cuestiones, miradas siempre desde la altura y vistas con plenitud en sus ricas y complicadas ramificaciones, porque Suárez, que es autor de vista profunda y amplia, es de ordinario extenso, pero no es nunca difuso. Todos los que han manejado y manejan sus obras están concordes en reconocer y ponderar aquella equilibrada madurez y aquella, al parecer, innata facilidad con que su pluma corre sin esfuerzo por los caminos más difíciles y empinados de la Metafísica y de la Teología.

Lo que ha pasado muchas veces inadvertido es un hecho que resulta algo incomprensible para las prisas e impacencias de la cultura moderna, y que encierra, sin embargo, una de las causas que más influyeron en la grandeza y perfección de la obra suareciana. Al escritor que se siente todos los días solicitado por mil voces diferentes que le provocan a lanzar a la estampa sus pensamientos, le parecerá casi inverosímil que un hombre de la capacidad, del saber y de la influencia doctrinal de Suárez, pudiera pasar la mayor parte de su no corta vida sin ponerse en contacto con aquel público que le admiraba sin conocerle, sino por referencias, y que, en las materias de que él trataba, era entonces más inteligente y numeroso que puede serlo hoy en cualquiera de las ramas de la alta investigación.

Suárez tenía muy viva la conciencia de la responsabilidad que contrae un escritor al publicar sus ideas, e imprimirlas, con

eso, cierto sello de inmortalidad. Por esta razón antes de estampar sus libros, quiso leer y meditar los ajenos, quiso analizar sus propias ideas, quiso ver los fundamentos en que descansaban y aprovechó, además, la ocasión que el Magisterio le ofrecía para contrastar todo su trabajo con la piedra de toque de las explicaciones en la Cátedra. En este esfuerzo, nunca interrumpido, acumuló un caudal inmenso de conocimientos, maduró sus proyectos, organizó y sistematizó sus teorías que formaron un cuerpo de doctrina perfecto ya antes de comenzar a presentarse al público sabio, aunque no cesó después de crecer y desarrollarse con nuevas verdades, más rica y complejamente armonizadas.

Así llegó a los cuarenta y dos años de edad y casi veinte de Profesor antes de dar a la prensa su primera obra. Eso sí, la obra fué grande en volumen y más grande en valor científico; y con ella levantó en el mundo teológico aquella bandera que ya no se arrió hasta después de su muerte. En 1590 publicó el tratado sobre la Encarnación del Verbo; dos años más tarde los misterios de la Vida de Cristo y después, sin interrupción, se fueron imprimiendo y reimprimiendo aquellos grandes volúmenes que constituían acontecimientos científicos y despertaban en las viejas universidades europeas y en las nacientes escuelas americanas una admiración siempre en aumento hacia su autor y hacia la Teología española. Por fortuna para la ciencia patria, el teólogo granadino no era entonces autor único en España. Cerca de él desenvolvían su labor magnífica una legión de filósofos, juristas y teólogos, cada uno de los cuales tenía valor y grandeza bastante para dar nombre a una escuela y gloria a un período científico. Pero la palabra de Suárez, según la conocida sentencia de Bossuet, los condensaba a casi todos, porque el poder gigante de su genio recogió los trabajos anteriores y levantó la ciencia teológica a unas alturas que, en el orden de la especulación, no han sido superadas todavía.

VI

SINTESES TEOLOGICA

Suárez fué un teólogo y, mirado a la luz de su obra, no podemos ver en él más que un teólogo; pero un teólogo completo que considera propios de su cultivo los campos, casi ilimitados, en que la Teología ejerce sus dominios y a que lleva sus variadísimas influencias. Tienen, pues, todos los escritos de Suárez vínculos muy estrechos que les dan perfecta unidad en medio de su variedad y de su grandeza. Una rápida ojeada a estos escritos pondrá de manifiesto esta verdad.

La última edición de las obras de Suárez llena veintiocho grandes tomos de desigual volumen, pero que combinados unos con otros, puede decirse que oscilan entre 800 y 900 páginas. No fatigaremos al lector con la descripción, ni siquiera con la enumeración, de los escritos, que esos 28 tomos encierran. Vamos sólo a indicar cómo todos esos escritos, que abarcan la creación y la vida entera en su aspecto natural y sobrenatural, convergen hacia la idea central de la Teología y cómo, por consiguiente, la obra de Suárez es íntegramente teológica.

La Teología es la ciencia de Dios, y el teólogo se propone conocer a Dios en sí mismo, en sus obras, que son las criaturas todas, y en las relaciones que unen a esas criaturas con su Hacedor..

Dios en sí mismo, con su ser, sus atributos y su vida misteriosa de infinita fecundidad, es el objeto que estudia Suárez en su tratado de *Dios Uno y Trino*, contenido en el primer tomo de la edición que tenemos a la vista.

Dios Creador.—La eficacia infinita de la acción divina produjo dos mundos de incalculable grandeza, distintos y separados entre sí: el mundo angélico o mundo de los espíritus puros y el mundo material, en que se desenvuelve nuestra vida. El mundo de los espíritus puros lo estudia en las mil páginas de que consta su obra sobre los Angeles; y el mundo de la materia

en el tratado, algo menor, que escribió sobre la obra realizada en los seis días de la creación descritos en el Génesis.

Dios Redentor.—Perturbados por el pecado los planes primeros que Dios se propuso en la creación del hombre, quiso su misericordia reparar los daños con la realización de más levantados proyectos y decretó la Redención. Estudia directamente estos proyectos y su maravilloso cumplimiento en los dos tomos consagrados a exponer la doctrina sobre la Encarnación del Verbo divino, y en otro tercero, más extenso, sobre los misterios de la Vida de Jesucristo.

Dios Santificador.—Para que la obra del Redentor tuviera la eficacia que Dios pretendía, era necesaria una transformación en el espíritu mismo de los hombres que los pusiera en condiciones de disfrutar los bienes que Jesucristo, con su redención, había merecido. Esa transformación es la obra de Dios en cuanto Santificador y la parte de la Teología en que esa obra se declara es, sin duda, la más compleja y, por lo mismo, la que plantea más arduos problemas al teólogo.

Suárez la estudia con una profundidad y una amplitud que no había conocido hasta entonces ni ha sido superada después. La Santificación se verifica formal e inmediatamente por la gracia santificante y las virtudes teologales y morales, y se alcanza con los auxilios de la que llaman los teólogos «gracia actual» y la libre cooperación humana. La trama divina que forman esa gracia santificante, esas virtudes y esas ayudas de la gracia actual, llenan en las obras de nuestro teólogo nueve tomos que contienen más de 6.000 páginas.

Pero no está agotada en ellas la materia. Para obtener esas gracias ha creado Dios unas fuentes que perennemente ofrecen sus limpias aguas a los hombres. Estas fuentes son los Sacramentos, entre los cuales descuellan, por su permanente actuación, la Eucaristía y la Penitencia. Tres volúmenes, con más de 3.000 páginas, dedicó Suárez a la descripción de los tesoros y maravillas que depositó Dios en esos manantiales de la gracia. Y no acabó de desarrollar su plan. Es la parte de la Teología

que dejó más sensiblemente incompleta, pues le falta el estudio del Sacramento del Orden y del Sacramento del Matrimonio, que hubiera podido ser obra de singular valer y de rica originalidad.

Dios Santificador pone grados y matices diferentes en la perfección de su obra. En los escritos enumerados hasta aquí, describe Suárez lo que entra en el plan general de la santificación cristiana, desde lo más elemental a lo más perfecto; pero el plan divino, tal como aparece en el Evangelio, ofrece estados y situaciones particulares, en las cuales la santificación en grado perfecto se propone como fin sustancial, y pudiéramos decir en alguna manera único: es el estado religioso que ha merecido a la pluma del teólogo granadino dos grandes volúmenes: el primero, y parte del segundo, dedicado al estado religioso en general, y la mayor parte del segundo al Instituto de la Compañía de Jesús.

Finalmente, esta labor soberana de *Dios Santificador* se realiza en un medio social expresamente creado por Jesucristo para eso. Este medio social lo da el Reino de Dios, que es concretamente la Iglesia, a la cual han sido confiados todos los poderes y todos los medios de santificación merecidos e instituidos por su fundador.

La doctrina sobre la Iglesia no se exponía en tiempo de Suárez como suele exponerse en nuestros días; pero él la desarrolla copiosamente al hablar de la fe, en la obra que mencionaremos después, contra Jacobo I de Inglaterra, en los misterios de la vida del Salvador y en otros tratados que describen los múltiples aspectos del cuerpo místico de Jesucristo.

Dios Glorificador.—La santificación de las almas es la disposición necesaria para que puedan un día ser glorificadas. La gloria es el término señalado por Dios en el orden sobrenatural a la perfección que da la gracia. No podía, pues, faltar en la obra teológica de Suárez la doctrina sobre la gloria y sobre Dios Glorificador. La expuso con notable amplitud en diversos tratados, pero la desarrolló preferentemente al hablar del último fin so-

brenatural del hombre y al declarar los misterios de la *visión beatífica* en el tratado de *Dios Uno y Trino*.

El teólogo apologista.—Escribió Suárez por los tiempos en que los errores protestantes habían alcanzado su pleno desarrollo, y la herejía, organizada ya, había destruído la unidad católica en la Europa occidental. No era necesaria apenas la controversia porque el Concilio Tridentino había definido infaliblemente las cuestiones fundamentales; pero los teólogos, ni en sus Cátedras ni en sus libros podían prescindir de enemigos todavía tan pujantes y tan perniciosamente activos. Proponían, pues, y refutaban, con el vigor que la actualidad requería, los extravíos de Lutero y de sus secuaces. Todos los libros teológicos de Suárez son de esta manera apoloéticos; pero él hizo algo más: al campo de la apologética pertenece plenamente la obra que, con el título de *Defensio Fidei Catholicae*, publicó contra el Rey de Inglaterra, Jacobo I, y constituye uno de los episodios más interesantes de la vida del gran teólogo.

La Metafísica, por la Teología.—Suárez pertenecía a aquella generación de teólogos que, según la sentencia de San Agustín, querían juntar a la fe, en la verdad revelada, la inteligencia de esa misma verdad, en cuanto es dado al ingenio humano. Y querían más, querían ver las mutuas relaciones que las verdades propuestas por la revelación guardan entre sí y con los principios de la razón natural para agruparlas en sistemas armónicos que mutuamente se ilustran y completan. Todo este trabajo de especulación va guiado por la luz de la revelación que es la única capaz de dar orientaciones seguras, pero exige también la luz de la razón sostenida en principios y doctrinas filosóficas bien determinadas.

Cincuenta y cuatro disputas escribió el Padre Suárez para exponer estos principios y doctrinas que abarcan dos tomos con más de dos mil páginas y constituyen la obra de especulación filosófica más acabada y perfecta que se ha escrito en el campo católico. Pero nótese bien: todas estas investigaciones filosóficas, como el mismo Suárez lo advierte, van enderezadas a

la Teología. Los escolásticos han entendido siempre que la Filosofía es una servidora de la Teología y nunca, quizá, ha alcanzado esa servidumbre tan profundo sentido como en la obra de nuestro autor. En el prólogo del tomo I dice él mismo :

«Nadie puede ser buen teólogo si primero no está fundado sólidamente en Metafísica. Por eso había yo echado de ver antes de emprender la publicación de mis obras teológicas, que hubiera sido más útil acabar y poner ante todas ellas la que ofrezco ahora a los lectores. Mas, por diversas razones, me fué imposible dejar para más adelante la publicación de mis comentarios sobre la tercera parte de Santo Tomás. Empero, cada vez veía más claramente cuán poco puede prescindir la ciencia sobrenatural de la ciencia de orden natural, y por eso me he resuelto a interrumpir durante algún tiempo mis publicaciones teológicas, a fin de dar o antes bien, restituir a la Metafísica el puesto y dignidad que le conviene.»

El teólogo de la Ley.—Una de las obras más célebres y más perfectas del Doctor Eximio es su *Tratado sobre las leyes*, que nos dan otros dos voluminosos tomos. Consta el tratado de diez libros que explicó el autor en su Cátedra de Coimbra de 1601 a 1603 y aparecieron impresos en 1612. En el prólogo justifica su entrada en el templo de las leyes, que alguien pudiera creer vedada a un teólogo.

«Cabalmente —dice—, es mi profesión de teólogo lo que a tal terreno me trae. El teólogo no solamente ha de dar a conocer a Dios, sino también ha de conducir a Dios; y las leyes son el camino que conduce a El. Y aunque el teólogo quisiera limitarse al conocimiento especulativo de Dios, tendría que hablar de las leyes, porque, si bien Dios no crea sino libremente, desde el punto que crea, es necesariamente legislador, ya que su Providencia no puede sacar los seres de la nada sin fijar leyes a su actividad.»

No nos da esta síntesis el cuadro completo de las cuestiones tratadas en las obras del Padre Francisco Suárez, pero basta para que el lector pueda formarse una idea de la grandiosa concepción que llenó su grande inteligencia y de la extraordinaria fecundidad que en esa inteligencia alcanzó el pensamiento teológico. Hemos dicho que Suárez fué teólogo y exclusivamente teólogo. Y, sin embargo, la síntesis que precede algo más ampli-

ficada, nos la presentaría como profundo conocedor de las Sagradas Escrituras; como eminente escritor de ascética y de mística; como hábil y valiente apologista; como moralista y canonista egregio que se mueve, como en terreno propio, por los campos de la moral y del derecho de la Iglesia; como jurisperito insigne que sabe penetrar hasta los últimos fundamentos de la Ley y la estudia en sus múltiples aspectos con originalidad y fuerza siempre reconocida; como filósofo y metafísico que, además de recoger las más sólidas especulaciones de la Filosofía pagana y de la Filosofía cristiana, logró con su esfuerzo personal abrir profundo surco en los campos cultivados por los hombres que se dedican al estudio del Ser.

Son todas estas espléndidas floraciones de la ciencia teológica en aquella alma que Dios enriqueció con una inteligencia extraordinaria y que, por su parte, trabajó con tesón invencible, durante casi cincuenta años como Profesor, en la enseñanza de sus discípulos, y, como escritor, en un magisterio más alto y fecundo, que se extiende a toda la posteridad.

VII

EL PADRE SUAREZ EN LA HISTORIA DE LA TEOLOGÍA

La historia de la Teología católica podemos dividirla en tres grandes épocas: la de los Padres teólogos que termina en el siglo v; la de la Escolástica primitiva que llega a su esplendor en el siglo xiii; y la del Renacimiento ante y posttridentino que tiene sus más ilustres cultivadores en la España imperial de los siglos xvi y xvii. La ciencia teológica de la época de los Padres la encontramos condensada y sublimada en la obra gigantesca realizada por el genio de San Agustín que es, sin disputa, el más alto valor científico que tuvo la Iglesia en los cinco primeros siglos.

Los esfuerzos de los maestros medioevales, que, aplicando con rigor y constancia siempre firme los métodos escolásticos, penetraron en las entrañas de las verdades reveladas y mostraron

su íntima trabazón, fueron las piedras sillares que el Angel de Aquino cogió y labró con más perfección, y colocó con más maestría, hasta levantar la arquitectura insuperable de su obra que alcanza la excelencia suprema en la Summa Teológica.

Los teólogos del Renacimiento fueron más afortunados que sus predecesores, porque contaban ya en su haber las luminosas enseñanzas de los Padres y las profundas meditaciones de los escolásticos; pero fué también mayor su trabajo y más arduo el empeño de aumentar los tesoros de las ciencias sagradas que eran ya tan ricos y abundosos. Lo intentaron, sin embargo, y lo intentaron con fortuna. Ahí están las obras de los teólogos españoles que, recogiendo lo más precioso de los antiguos investigadores, lo amplifican, lo realzan, lo armonizan y lo fecundan con el planteamiento de nuevos problemas y la proposición de más soluciones y maduras soluciones.

Y otra vez proveyó Dios a las ciencias teológicas del genio potente que, seleccionando las piedras mejores de las nuevas canteras, y armonizándolas con los viejos sillares, levantó el edificio científico que los nuevos progresos y las nuevas necesidades de la fe y de la Iglesia reclamaban. Este fué el empeño del Padre Francisco Suárez. A él le tenía Dios reservada, en los tiempos modernos, una empresa parecida a la que realizó Agustín en los fines del período patristico, y a la que llevó a cabo Tomás de Aquino en la formación e incremento de la Teología en la época medieval.

